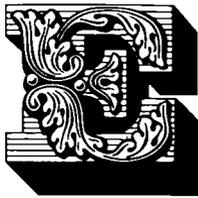


DOCUMENTO

**POLEMICA ENTRE
NACIONALISMO Y LITERATURA**

**"AMER", LEONIDAS BRICEÑO, JENARO CARDONA,
BENJAMIN DE CESPEDES, CARLOS GAGINI,
RICARDO FERNANDEZ GUARDIA, MANUEL GONZALEZ ZELEDON**

289



En un afán por conocer más profundamente la literatura de nuestro país, **Letras** recoge, con el presente número, en la sección de documentos, una serie de cartas que, publicadas en diversos periódicos finiseculares, dejan en claro cuáles fueron las razones que tenían nuestros creadores literarios para escribir en ese momento. Quien quiera entender a cabalidad la obra de Manuel González Zeledón, de Aquileo J. Echeverría, de Joaquín García Monge, de Carlos Gagini, para no citar otros, debe acudir, de manera previa, a estas exposiciones ideológicas.

No es nuestro interés registrar aquí la totalidad de textos a través de los cuales el pensamiento nacional se volcó sobre la literatura para definirla en ese momento. Brindamos algunas muestras que a propósito de la publicación en 1893 de **Hojarasca**, libro de cuentos de Ricardo Fernández Guardia, aparecieran en diversos periódicos esporádicamente en un período de unos siete años.

Varios fueron los comentarios que se suscitaron en torno de las posibilidades de una literatura nacional. Como decíamos, la salida de **Hojarasca**, libro de corte totalmente europeo, encendió los ánimos que hacia el año novecientos, con la aparición de **El Moto**, de Joaquín García Monge, quizá por la profundidad alcanzada con los años de reflexión sobre la problemática, dan sus mejores resultados. De esta época es la mayor cantidad de cartas que, para nosotros, definen ya certeramente el asunto. Estamos casi seguros de que con los documentos aquí reproducidos no se agota lo escrito en esa época; sin embargo, constituyen lo más importante.

Se ha hablado, a propósito de estas cartas, de una polémica; el aspecto combativo, socarrón un poco que se deja sentir en algunas de ellas, les da ese hálito. Se trata, sea o no de una polémica,

de uno de los momentos en que más intensamente el pensamiento nacional se ha lanzado sobre su literatura. Ello no es resultado del azar, sino de las circunstancias por las que pasaba el país en esos momentos.

Compartimos la tesis, sostenida entre otros por José María Arce, de que las literaturas latinoamericanas, una vez que las distintas comunidades hubieron alcanzado su independencia de la metrópoli, se ocuparon de construir los propios modelos estructurales de las nuevas naciones, ya sea en cuanto a la organización política, a la concepción ideológica del mundo, o a la visión artística del mundo. En literatura, por lo tanto, se vuelven los ojos a la circunstancia que se recoge, básicamente, plena de colores, de vitalidad, en textos narrativos. El romanticismo español, localista a través de las narraciones de Mariano José de Larra, Mesonero Romanos o Estébanez Calderón, ejerce una influencia directa sobre los modos de concebir las literaturas latinoamericanas. Regionalismo literario, casi viene a ser sinónimo de nacionalismo social y político, puesto que nuestras comunidades estaban aferradas a una tarea por el encuentro de su propio destino. Es por eso que cuando en un momento como ese se pretende negar la posibilidad de encontrar un camino literario que lleve al encuentro con lo propio, se responde tan encarnizadamente como lo revelan los textos aquí incluidos.

La presente selección representa un rico documento para la historia ideológica de nuestra literatura. Con ese interés la entregamos a los lectores. El criterio de su ordenamiento es, por un lado, temático —por eso aquí no recogemos una interesante serie de artículos que Aquileo J. Echeverría y otros publicaran sobre el uso del lenguaje popular en la literatura “culto” de la época— y, por otro lado, cronológico. Se ordenan según la fecha de aparición y no según los autores que los escribieron.

HOJARASCA

He ojeado el libro de mi amigo Ricardo Fernández con el placer que experimento a cada nueva producción de nuestra incipiente literatura; y con la ruda franqueza con que suelo dar mi opinión cuando me la piden, voy ahora, sin pedírmela, a declarar la impresión que su lectura me ha dejado.

No diré, como *La Estrella de Panamá*, que sólo algunos de los cuentos son regulares, tampoco estoy por las hipérboles de Aquileo, quien afirma que bien pudieran varios de ellos llevar la firma de Maupassant.

Los cuentos de Ricardo son buenos y prometen más; revelan un temperamento de artista, como ahora se dice, pero adolecen de los defectos inherentes a todo primer libro, resabios hijos de la inexperiencia y que desaparecen con la práctica. Me refiero en primer lugar a la elocución, a veces descuidada y no muy pura; en segundo, a la elección de asuntos, a mi juicio poco acertada.

Achaque muy común en nuestras repúblicas es desdeñar los mil sujetos nacionales que pudieran dar motivo a otras obras literarias interesantísimas y llenas de novedad para los extranjeros; se recurre a argumentos gastados, se pintan escenas y se trazan diálogos que lo mismo pueden verificarse aquí, en Madrid o en París; y mientras tanto nadie se ocupa de estudiar nuestro pueblo y sus costumbres desde el punto de vista artístico, nadie piensa en desentrañar los tesoros de belleza encerrados en los dramas de nuestras ciudades y en los idilios de las aldeas, en la vida patriarcal de nuestros antepasados y en su historia pública, en lo recóndito de las almas y en la naturaleza exuberante que despliega ante nuestros ojos indiferentes su grandiosa poesía.

No es esto un reproche para Ricardo: es una queja inspirada por la lectura de infinidad de obras hispanoamericanas en las que advierto ese desdén injustificado. ¡Ojalá que el autor de *Hojarasca* se dedicase a beneficiar tan rica mina! El que ha pintado de mano maestra a Sevilla, ¿por qué no ha de hacer otro tanto con lugares que conoce mejor y a los cuales profesa más cariño? Ya que ha entrado con tan buen pie en el campo de las letras, debiera seguir la senda que he indicado, para mayor gloria suya y delicia nuestra.

No es mi ánimo analizar uno por uno los cuentos de *Hojarasca*; sin embargo no puedo menos de manifestar que yo en lugar de Ricardo suprimiría *El Manantial* y la enojosa enumeración botánica de las tres primeras páginas de *El Derviche*.

“*Amer*”

Revista *Cuartillas*. 28 de mayo de 1894



EL NACIONALISMO EN LITERATURA

Señor don Pío Víquez.

Mi querido poeta: Días pasados y a propósito de una crítica de mi libro *Hojarasca* escrita por mi estimado amigo Carlos Gagini, charlamos brevemente en la redacción de *El Herald*, acerca de lo que puede llamarse el “nacionalismo en literatura”. En esa conversación nació la promesa, que ahora cumplo, de decir a usted en una carta lo que pienso sobre esta ahora tan manoseada materia.

Si no tuviera usted tan exquisito temperamento de artista, capaz de vibrar al unísono de cualquier otro por raro, genial y hasta extravagante

que sea, me abstendría de hacerle las confidencias que más adelante leerá; pero como me consta que usted no es ni patriotero ni pertenece al clan de los retóricos que son los eunuocos de la literatura, sino que tiene el buen gusto de contentarse con ser un artista original, lleno de genialidades, que hasta “cosas” tiene, y lo que mejor es, cosas muy suyas y graciosas, me explayaré a mi sabor sin cuidarme del caramillo que mis ideas puedan levantar en el consabido clan de los incompletos.

Vamos al asunto. Han dado muchas gentes ahora en la flor de que todos los que movemos una pluma en Costa Rica, estamos obligados a escribir pura y exclusivamente sobre asuntos nacionales. Para comenzar con usted conmigo en que semejante exigencia es absurda por mil motivos, de los que sólo expondré algunos para no hacer demasiado larga esta carta. El primero y quizá el mejor es el de que todo artista (y conste que no pretendo serlo) tiene su temperamento especial, que lo lleva con fuerza irresistible hacia determinados ideales. Sacarlo del camino que le trazan sus gustos, su manera de ser, sus nervios, es llevarlo al despeñadero, a la pérdida de su personalidad artística. Si a usted, pongo por caso, que maneja con tanta destreza como gracia el estilo irónico y jocoso le hubieran obligado a consagrarse a escribir necrologías, no sería usted ni con mucho el Pío Víquez que conocemos. ¿Por qué? Por la simple razón de que, dadas las condiciones de su temperamento artístico y sus genialidades, un elogio póstumo salido de su pluma vendría a ser de seguro una deliciosa ironía contra el difunto. De lo cual se desprende que usted sería un pésimo necrologista.

El Goya de los poetas españoles, mi querido amigo Salvador Rueda, al tratar en su último libro, *El Ritmo*, de estas estúpidas exigencias, dice: “No ve ese miope de cerebro (el literato topo) que el temperamento de un artista no es una enciclopedia de temperamentos, sino uno solo, el cual le diferencia de los demás artistas y en eso está su fisonomía intelectual, su modo de ser, su marca literaria o poética. Los literatos topos quieren, por lo que se ve, un pisto, un poutpourri, en lugar de un carácter; y ensaladas no produce la naturaleza. La ensalada se hace, y no nace. Más paladar. . . y más lógica, señores”. Esto dice Rueda y dice bien.

Hacerme a mí el cargo de que para mis cuentecillos elijo asuntos extranjeros, es tan sandio como decir a uno de nuestros pintores, al cual se le ocurriera hacer mañana el retrato de una inglesa o una china: —Señor mío, su cuadro es muy bonito, el dibujo es correctísimo, el colorido suave y delicado, pero su obra tiene un inmenso defecto: la linda mujer que le ha servido de modelo es extranjera y usted debió elegir a una costarricense, descendiente de los héroes del 56. Y aunque el infeliz artista proteste y alegue

que él toma la inspiración donde la encuentre y que sólo aquella mujer es capaz de hacer vibrar sus fibras íntimas, lo condenarán sin oírlo y le criticarán por no haberle dado preferencia a un asunto nacional. ¡Como si fuera posible encauzar la inspiración, poner diques al arranque sublime del artista!

En literatura como en arte no sólo debe haber libertad sino libertinaje. Estoy seguro de que si a Miguel Angel le hubiese ocurrido hacer una estatua del arte encadenado, lo hubiera representado en figura de un viejo decrepito y harapiento.

No sé que nadie haya censurado jamás en su patria a Víctor Hugo por haber escrito tantas poesías y piezas dramáticas con asuntos extranjeros; ni a Bizet, francés y autor de la página más hermosa de música española que se conozca, ni tampoco a Merimée, creador del tipo de Carmen, en el cual se inspiró el malogrado autor de *Los Pescadores de Perlas*. ¿Cree usted que nuestro amigo Rubén Darío hubiera adquirido el envidiable renombre que tiene, escribiendo cuentecitos y cuadros de costumbres nicaragüenses? ¿Dejará de ser el *Sátiro Sordo* una página sublime por haber echado mano Darío de un asunto griego?

En estos paisecitos de América se dicen y escriben cosas verdaderamente abracadabrantas. Recuerdo que alguna vez, hallándome en París leí en un remitido publicado en un diario de esta ciudad una de esas cosas que se le quedan a uno grabadas en la memoria, como si fueran monumentos indestructibles de la infinita e inagotable tontería humana. A vuelta de ensalzar el adelanto de los músicos de nuestras bandas militares, decía el autor del famoso remitido estas o parecidas frases.

“Es tiempo de que se dejen de tocar trozos de Bellini, Meyerbeer, Verdi, Donizetti, etc. Seamos independientes; ya que tenemos músicos del país, tengamos también música nacional”. ¿No le parece a usted estar oyendo a nuestros críticos patrioteros cuando exclaman: “Dejémonos de imitaciones; ya que tenemos escritores nacionales, tengamos también literatura nacional?”

Los que tales tonterías dicen son los mismos que imaginan que un país puede llegar a tener literatura y artes propias en quince días de término, como si se tratara de hacer venir de Estados Unidos una casa de madera. Pero en contra de esos delirios se alza la verdad inmensa, irrefutable, y es que durante muchos años aún nuestras letras y nuestro arte tendrán que ser un reflejo de los brillantes soles europeos. El país que después de mu-

chos siglos de existencia y prosperidad logra tener arte y literatura nacionales, ha llegado a la más alta cima de su civilización; y así se dice el arte griego, el arte romano, la literatura francesa, las letras españolas. Y, ¿cuándo le parece a usted que podría decirse el arte o la literatura costarricenses? Yo, Dios me lo perdone, me imagino que nunca.

Nada, a mi juicio, más odioso que esa tiranía que se quiere ejercer contra el artista. A ninguno se le ocurre meterse por las puertas de una zapatería y decirle al industrial: —Señor de Zapatero, usted hace admirablemente las zapatillas de señora, pero le aconsejo que se dedique a las botas Federicas o a las alpargatas. Sin embargo, cualquier jovencito de esos que se las dan de “críticos”, se cree con derecho a soltarle esta o parecida reprimenda: —Señor don Pío Víquez, usted ha escrito una poesía preciosa que se titula *El Apache*; ha hecho usted muy mal en derrochar su talento en ese asunto mejicano; debió usted escribir otra llamándole El Guatuso o El Talamanquino porque esos son salvajes nacionales. Y bien puede usted defenderse con el incontrastable argumento de que estos señores incivilizados, aunque ciudadanos costarricenses, no son capaces de inspirarle ni siquiera una mala gacetilla, que le contestarán imperturbables: —No importa; usted debe dedicarse a cantar nuestros indios nacionales.

Por lo que hace a mí, declaro ingenuamente que el tal nacionalismo no me atrae poco ni mucho. Mi humilde opinión es que nuestro pueblo es sandio, sin gracia alguna, desprovisto de toda poesía y originalidad que puedan dar nacimiento siquiera a una pobre sensación artística. En cuanto a los dramas más que vulgares de nuestras ciudades, me prometo estudiarlos cuando se me ocurra la idea perversa de escribir novelas sangrientas por entregas.

Para concluir voy a citar un parrafito de la crítica del señor Gagini publicada en *Cuartillas*. Dice así:

“El que ha pintado de mano maestra a Sevilla, ¿por qué no ha de hacer otro tanto con lugares que conoce mejor y a los cuales profesa más cariño?”

Con perdón de mi amigo Carlos Gagini, a quien quiero y cuyos méritos respeto y admiro, me permito decir que esto es sencillamente un desatino nacido sin duda del sentimiento patriótico llevado al extremo. Se comprende sin esfuerzo que con una griega de la antigüedad, dotada de esa hermosura espléndida y severa que ya no existe, se pudiera hacer una Venus de Milo. De una parisiense graciosa y delicada pudo nacer la Diana de

Houdon; pero, vive Dios que con una india de Pacaca sólo se puede hacer otra india de Pacaca.

Recuerdo que hace algunos años leímos una noche juntos, usted y yo, algunos trozos de Musset, y nos llenó de admiración este verso del gran poeta acusado de plagio:

“Mon verre n’est pas grand,
mais je bois dans mon verre”.

Es este un verso admirable ¿no es verdad? Pues bien, yo, insignificante enamorado de las letras, me propongo aprovechar la enseñanza que en él está encerrada, continuando impertérrito por el camino de mis aficiones; y a pesar de todos los críticos que sobre mi humilde personalidad descarguen sus iras, seguiré bebiendo en mi copa.

Suyo siempre,

Ricardo Fernández Guardia

El Heraldo de Costa Rica. N^{ro}. 720. 24 de junio de 1894



EL NACIONALISMO EN LITERATURA

Señor don Ricardo Fernández Guardia

Mi estimado amigo: Con sobre para don Pío Víquez me dirige usted una carta larguísima en *El Heraldo* del domingo; y como fuera descortesía dejarla sin contestación, desocupo gustoso un rato para dársela cumplida. De fijo esta mía le parecerá deshilvanada: culpa de la prisa con que escribo y del propósito de seguir punto por punto los conceptos de la suya.

En los primeros párrafos dice Ud. que va a hacerle confidencia a Víquez porque él “tiene temperamento de artista, capaz de vibrar al unísono de *cualquiera otro* por raro, genial y hasta extravagante” (en lo cual no veo rareza, ni genialidad ni extravagancia), y porque “no es patriotero ni pertenece al clan de los retóricos”: esto último no lo entiendo, si ya no es que Ud. haga alusión irónica a la cátedra de retórica que desempeñó don Pío, pues en Costa Rica no hay más clanes que los de Talamanca ni más retóricos que los forjados por la imaginación calenturienta de los artistas libres.

Agrega Ud. que “muchas gentes han dado en la flor de que todos los que movemos una pluma en Costa Rica estamos obligados a escribir pura y exclusivamente sobre asuntos nacionales”. No sé quién puede tener tan estúpida exigencia; por mi parte sólo he manifestado cuánto me duele el desdén con que se miran las cosas nacionales, sin pretender dictar leyes a cuantos mueven plumas en Costa Rica, puesto que cada uno es dueño de hacer de su capa un sayo. Retrátelo usted, si tal es su gusto, todas las chinas que le dé la gana; no por eso dejaré de llamarle a Ud. artista, pero me deleitará más la contemplación de unos ojos negros de mi tierra, que las *oblividades visuales* del Celeste Imperio. “En literatura como en arte no sólo debe haber libertad sino también libertinaje”. Soy del mismo parecer que Ud. que cada cual coja la pluma, el pincel o el cincel, y a emborronar papel, a pintorrear lienzos y desbastar piedras, a ver si resulta una obra maestra. No tenía usted necesidad de citarnos el magnífico trozo de su querido amigo Salvador Rueda para convencernos de que es menester dejar que cada uno dé rienda suelta a sus aficiones, a su *temperamento*; nadie se opone a ello, como que eso es lo que han practicado los artistas desde que el mundo es mundo. ¿Quién dice que Rubén Darío hizo mal escribiendo el *Sátiro Sordo* en lugar de cuadros de costumbres nicaragüenses? ¿Que a él le seducen los asuntos griegos y las cacerías del príncipe de Gales? Magnífico, aunque algunos le reprochan el conocer poco esas cosas tan lejanas y el haber puesto tigres en Africa y *canguros* donde nunca los ha habido.

En cuanto a la afirmación de usted, de que nunca habrá una literatura costarricense, me parece algo aventurada: —¿acaso no la tienen muchos pueblos tan pequeños e insignificantes como el nuestro? Claro está que esa literatura no podrá ponerse en parangón con las que hoy llenan el mundo, ni citarse al lado de la griega o la romana; pero llegaremos a tenerla, no lo dude usted, cuando tengamos verdaderos artistas que interpreten el espíritu nacional en las comarcas lejanas, en las cosas exóticas o en los tiempos antiguos.

En lo que sí estamos de acuerdo es en que “en estos paisecitos de América se dicen y escriben cosas verdaderamente *abracadabrantés*” (aun-

que no sé a ciencia cierta qué quiso usted decir con ese vocablo rubendariaco o salvadorruelresco).

Verdadero monumento de la tontería humana es el famoso remitido del que pedía que las bandas no volviesen a tocar trozos de Verdi o de Bellini; pero la cita es impertinente por no ser idéntico el caso. ¿Cuándo he pedido yo que no se vuelvan a leer novelas ni a reproducir en los periódicos las obras de los maestros franceses, españoles o rusos? ¿No las he recomendado constantemente a mis discípulos y analizado con ellos en clase? ¿Desconozco acaso que “nuestras letras y nuestro arte tendrán que ser *durante muchos años* un reflejo de los brillantes soles europeos”?

Entre paréntesis, noto aquí una contradicción; como usted opina que *nunca* habrá literatura costarricense, extraño que diga usted *durante muchos años*, porque eso supone que al cabo dejaremos de imitar para ser originales.

De los maestros europeos aprenderemos el procedimiento, el buen gusto, el arte, en una palabra; pero eso no quiere decir que debemos tomar los mismos asuntos, ni crear tipos semejantes, ni reproducir las ideas y sentimientos de aquellos escritores. ¿Dónde hay nada más ridículo que ver a Rubén Darío escribiendo cuentos rusos? Pero es la moda, y todos le rendimos homenaje. Lo lejano, lo misterioso, lo nuevo, eso es lo que atrae a las imaginaciones juveniles. ¿Cuál dirá usted que fue mi primer ensayo, escrito a los dieciséis años? Una historia que pasaba en la Edad Media, en un castillo de España: tenía yo la cabeza llena de señores feudales, de pajes y trovadores, de almenas y puentes levadizos, y aquello, sólo aquello me parecía poético y capaz de despertar la fantasía.

Este recuerdo me vino a las mientes al leer este concepto de usted: “Nuestro pueblo es sandio, sin gracia alguna, desprovisto de toda poesía y originalidad que puedan dar nacimiento siquiera a una pobre sensación artística”. Precisamente lo contrario dicen los extranjeros que nos visitan, pues le tienen por uno de los menos sandios de la tierra. Desengáñese usted, amigo mío: la poesía, como la luz, se halla en todas partes; pero se requieren ojos para verla y alma de artista para sentirla.

Para que vea usted cuán injusto es un desprecio para con nuestros salvajes, le diré que en estos días recibí carta de un notable escritor salvadoreño, en la cual me pide datos acerca de los indios de Talamanca, porque está escribiendo una leyenda *talamanquina*.

Pero no sólo salvajes hay en Costa Rica, ni a ellos me refiero cuando hablo de asuntos nacionales.

“En cuanto a los dramas más que vulgares (dice usted) de nuestras ciudades, me prometo estudiarlos cuando se me ocurra la idea perversa de escribir novelas sangrientas y por entregas”.

Ignoro lo que los artistas libres entienden por *dramas*: nosotros los retóricos no damos ese nombre únicamente a los asesinatos.

A continuación me echa usted en cara un desatino que creo no haber dicho; y si no, veámoslo.

Dije yo en *Cuartillas*: “El que ha pintado de mano maestra a Sevilla ¿por qué no ha de hacer otro tanto con lugares que conoce mejor y a los cuales profesa más cariño?”

Verdad de Pero Grullo y no desatino me parece afirmar que uno debe pintar mejor lo que mejor conoce; a no ser que usted tenga el raro privilegio de pintar magistralmente lo que no conoce. Para confirmar el desatino agrega usted que de una griega de espléndida hermosura se pudo sacar la Venus de Milo, de una parisiense graciosa la Diana de Houdon (muy señora mía); pero de una india de Pacaca sólo se puede sacar otra india de Pacaca.

Antes vimos que usted tiene ideas originales acerca del drama; ahora me voy recelando que usted no distingue la belleza natural de la artística ¿Conque una estatua que representase una india de Pacaca no puede ser obra maestra? A creerle a usted, todos los sujetos de los cuadros y estatuas deben ser Venus o Adonis, arquetipos que no se encuentran a cada vuelta de esquina, ni aun en Grecia, pues es fama que el autor de la Venus de Milo reunió en ella las perfecciones de cien hermosas modelos.

A creerle a usted, los preciosos cuadros de Pereda no valen un comino, porque representan un rincón de la montaña, o campesinos tan feos, sandios y sin gracia como los nuestros, ni valdría mucho más la *María de Isaacs*, ni otra porción de obras admirables, aunque no hablan de las portentosas ciudades europeas.

Concluye usted su carta con un verso de Musset: *Mon verre n'est pas grand, mais je bois dans mon verre.*

En buena hora; beba usted en su vaso, que no seré yo quien se lo im-

pida. Manifesté solamente un deseo, y usted lo ha tomado como una exigencia; conste que no le censuro a usted porque se siente inclinado a lo extranjero, por lo contrario, y aunque nosotros perdamos con ello, me alegraré el día en que usted vaya a Europa en busca de nuevos asuntos para sus obras, porque estoy seguro de que ellas darán nuevo lustre al nombre de usted, a quien de veras aprecio.

Su afmo. amigo,

Alajuela, 27 de junio de 1894

Carlos Gagini

La República. N^{ro}. 2.337. 29 de junio de 1894



EL NACIONALISMO EN LITERATURA

Señor Director de *El Herald*o:

El distinguido joven literato don Ricardo Fernández Guardia, ha publicado recientemente, en su diario, un interesante y sugestivo artículo sobre el Nacionalismo en Literatura, que merece ser discutido, no sólo por lo riesgoso de sus opiniones, sino también por el gracioso desenfado como trata los intereses artísticos y sociales de su patria costarricense.

El señor Fernández profesa la doctrina, y así lo declara en su artículo, de “que en literatura como en arte, no sólo debe haber libertad sino libertinaje”. Esta divertida manera de concebir el arte, no es una idea original del señor Fernández; ya el notable crítico Wyzewa contestaba irónicamente al literato inglés Oscar Wilde, que la empleaba, diciéndole, que lo hacía pour épater les bourgeois. Conocidas y confesadas por él mismo, las intenciones literarias del novel escritor, no es extraño que se explye a su

sabor y la empresa con saña furiosa contra el tema y su propio país en esta forma:

“Por lo que hace a mí, declaro ingenuamente que el tal nacionalismo (como quien dice, las tales papas) no me atrae poco ni mucho. Mi humilde opinión es que nuestro pueblo es sandio, sin gracia alguna (¡olé, viva Sevilla!) desprovisto de toda poesía y originalidad que puedan dar nacimiento siquiera a una pobre sensación artística.” Esta injusta opinión del costarricense por su país natal no tendría valor alguno, si no viniera a ser como el resumen o síntesis de las opiniones del señor Fernández, acerca del Nacionalismo en Literatura, que él confunde lastimosamente con la vana y gárrula patriotería. . . El sentimiento artístico de la nacionalidad, no es más que un fenómeno natural de adaptación mental, al medio viviente, a las costumbres, intereses religiosos, político-sociales, del artista o escritor. Sean cualesquiera el temperamento, los gustos, los nervios del señor Fernández, no podrá nunca arrancar de sus carnes, de sus gustos y de sus nervios, eso que para él pudiera ser una túnica de Neso, y que es la lenta, pero segura impregnación en todo su ser, de los elementos vitales de la nacionalidad: la herencia, la raza, el lenguaje, las costumbres, las tradiciones, etc. Para despegarse de esa sombra, sería preciso ser cómplice de Dios en la obra milagrosa. El verdadero artista, según Pablo Bourget, no es el que reproduce más o menos exactamente tal o cual detalle o cuadro de la vida real, es el que al expresar sus ideas, sus ensueños, sus emociones, se encuentra con que ha expresado las ideas, los ensueños y las emociones de un gran número de hombres parecidos a él mismo, pero inferiores mentalmente a él. Me podrán contestar que Bourget es precisamente un exótico y cosmopolita en literatura; pero Bourget puede serlo. ¡Ya lo creo!

Es un genio en la novela psicológica contemporánea, mientras que el señor Fernández no pasa de ser un buen escritor en medio de un pueblo que él considera atrasado.

El señor Fernández cree que no podrá haber arte ni literatura costarricense por la carencia de asuntos bellos en un país esencialmente infeliz y prosaico. Quisiera yo conocer la gracia, el talento, la belleza, la poesía del pueblo ruso, desaseado, soez, supersticioso, servil, brutal y ebrio; y sin embargo, hay allí hombres superiores al medio vergonzoso popular, que se han inspirado con felicísimo arte realista en las desgracias de su nación, escritores de la talla de Herzen, Ogaref, Tourgueneff, Schtchedryne, Dostoievski, Gogol, Tolstoi y otros que han hecho sacar al sol, toda esa podredumbre, purificada por medio del arte.

En España misma, ya la literatura desbordándose del amplio contenido de la Nacionalidad, aspira a ser más localista, constituyendo esa literatura regionalista que tan altos vuelos ha tomado en la costa cantábrica, con Pereda, Palacio Valdés, Curros, Pardo Bazán y Alas. ¿Y cree, acaso, el señor Fernández, que el pueblo gallego, montañés, asturiano y vasco están mucho más adelantados que el pueblo costarricense? A mi modo de ver están mucho más atrasados que nosotros, sin la feliz circunstancia del bienestar relativo que aquí se goza en la vida económica. Un ejemplo más curioso todavía nos ofrece la influencia de los escritores realistas, en el estado social de los pueblos. Noruega no es más que un país pobre, de leñeros y pescadores; sus habitantes viven sumergidos en la mayor obscuridad polar y mental, y, sin embargo, desde el año de 1870, esa fuerza bruta campesina ha sido explotada, por literatos leídos en todo el mundo, como Ibsen, Bjorson, Kielland y Lie.

Esta contradicción que notamos entre el genio literario de la nacionalidad, y el estado de atraso en los países, lo observamos en la Grecia de las primeras edades, que si no tuvo un Pericles, tuvo un Homero; en Inglaterra donde Macaulay se extraña que en medio del atraso intelectual en que yacía sumido el pueblo, hubiera podido surgir un Shakespeare; en Alemania con Goethe y Schíller, y en España, durante el vergonzoso reinado de los Felipes y Carlos*. Si estos genios sobrevivieron en la historia literaria, se debe, más que todo, al carácter eminentemente nacional de sus obras, cuyas aspiraciones y empresas trataban ellos de encarnar en sus personajes y descripciones. Por eso el escritor no es el producto del medio social, ni una resultante de la civilización de un pueblo, es algo más, es una genial aparición, un profeta, un heraldo, en las avanzadas del progreso nacional.

Sobre este punto estoy conforme con Carlyle, que considera como obra providencial el advenimiento de los grandes genios artísticos en medio de los pueblos atrasados o decadentes.

Esa pobreza de sensación artística que el señor Fernández achaca a su país, es más bien un fenómeno de subjetivismo enfermizo, que una realidad.

Ese terrible mal de la impotencia literaria, es un mal del siglo, y una afección crónica en los indolentes escritores hispanoamericanos. La pobreza de sensación artística donde reside, no es en el pueblo, sino en la imagi-

* Obsérvese que el pensamiento está incompleto. Así en *El Heraldo de Costa Rica*.

nación enervada de tantos noveles literatos, que en vez de dedicarse a la observación y al estudio, prefieren travestir asuntos tratados ya por eminentes escritores, con el ropaje chillón del colorido y de la prosa muy untada de perfumería francesa.

El señor Fernández, aludiendo a la imposibilidad insuperable de hallar impresiones artísticas en su patria, dice que con una india de Pacaca, sólo se puede hacer otra india de Pacaca, y sin embargo, Chateaubriand con indios e indias parecidos a los de Pacaca, hizo Atala y los Natchez; Loti nos describe deliciosos amores entre las tribus salvajes de Polinesia, Bret Harte y Fenimore Cooper entre indios americanos, Jacoltiot, entre las tribus asiáticas, Zola en los pantanos de la Beaucè y en los suburbios de París.

¿Esto qué significa?

Que el escritor, como el pescador de perlas, al sumergirse en lo desconocido y misterioso de los males, busca, lucha, remueve el légamo, logra romper el banco calizo de madréporas, sube al fin a la superficie con la codiciada presa; unos encuentran entre las valvas la hermosa perla, otros. . . son los desgraciados, que sólo pescan la ostra huera, los ratés de la literatura, que no hallan sino perlas de vidrio de patente francesa o española.

Yo deseo despedirme del señor Fernández, recordándole los versos que él cita de Musset, mi Dios-Poeta:

Mon verre n'est pas grand,
mais je bois dans mon verre.
Buvons, alors ensemble,
sans lie et sans rancune.

Benjamín de Céspedes

El Herald de Costa Rica, N^{ro}. 726. 1 de julio de 1894



Señor don
Joaquín García Monge.
P.

Muy señor mío:

Acabo de recibir y de leer acto continuo, su preciosa novela de costumbres costarricenses *El Moto* que usted con tanta galantería se sirvió enviarme con dedicatoria que me enorgullece.

No tengo —y me proporcionaré— el gusto de conocer a usted personalmente; pero mi condición de fundador del género en mi serie de cuentos y de iniciador o descubridor de la veta, me dan derecho para atreverme a hacer simple, pero sincera apreciación de su obra.

Me ha encantado su librito, explota usted en ese rico filón a mano limpia con el empeño decidido con que yo soñaba cuando hice el denuncia que hoy he abandonado:

Tiene usted talento de observación, que es lo indispensable para pintar costumbres, no hay amaneramiento en sus descripciones brillantes sino fotografía sincera de la escena campestre, copia usted con singular maestría nuestro lenguaje popular y vive su obra como viven su papel los buenos actores.

Que su novelita no es perfecta nadie, ni usted mismo lo duda, pero que es buena, que por ahí se llega a lo alto y a lo grande es cosa bien sabida.

¡Arriba, pues, adelante!

No vuelva usted la espalda a lo de arriba, siga con la mirada fija en esa luz intensa que la inspiración enciende y llene su paleta de todos los colores que nuestra hermosa tierra nos brinda. ¿A qué pedir limosna los que tienen repletos los bolsillos? Mal sienta al rico el oficio de mendigo.

Ya verán don Ricardo Fernández Guardia y los que con él opinan que hay mucho que decir de una india de Pacaca, hoy que usted les ha mostrado tanta belleza, tanta gracia y tanta chispa en la hija de ñor *Soledá*

y que aún resuenan entre las vegas de “Damas” los hondos suspiros del “Moto” y los relinchos del “azulejo”.

¡Pues no faltaba más!

Los hijos del país de los encantos y de los cuentos de hadas, los que con abrir los ojos disfrutaban de la más cumplida hermosura, los que pueden palpar la desnuda belleza de una tierra siempre virgen, cierran los ojos y esconden la mano para irse con su imaginación tropical a pintar escenas parisienses que nunca han visto y a formar atroces ramos con flores arrancadas de tratado elemental de botánica.

Un buen apretón de manos, un millón de gracias y un amigo más cuenta usted desde hoy.

Manuel González Z.

(Magón)

San José, 1º de marzo de 1900.

La Revista. N^{ro}. 257. 3 de marzo de 1900



NACIONALISMO LITERARIO

París, 28 de marzo de 1900.

Una carta que escribí, si mal no recuerdo, por los meses de mayo o junio de 1894 al inolvidable poeta Viquez y que se publicó en *El Heraldo*, ha servido de pretexto para que se me haga una imputación que, al igual de muchas otras, es completamente inexacta. Voy a aprovechar la oportunidad de haberla visto repetida por don Manuel González Z. en *La Revista* del 3 de marzo, para explicarme sobre este asunto.

Se me acusa de patrocinar la teoría de que no se pueden tratar asuntos nacionales en forma literaria, o si se quiere, de ser adversario de lo que en ocasión anterior llamé *nacionalismo* en literatura. En honor de la verdad debo decir que jamás he pensado semejante cosa ni escrito nada que se le parezca; antes bien, recuerdo que lejos de condenar mi carta ningún género literario, fue como un alegato en defensa de la libertad del escritor, que pretendían poner en tela de juicio los que con más pasión que sinceridad me atacaron cuando publiqué un librejo, que si malo, ha servido para estimular a más de uno de los que afectan mirarlo con desprecio. Bien dicen que no hay mal que por bien no venga.

Entre las críticas que entonces se me hicieron fue la más general la de que los temas de mis cuentos no eran exclusivamente nacionales, y con este motivo hubo gran derroche de patriotismo sentimental, de acuerdo con la manía que padecemos de meter el patriotismo en todo lo que no cabe.

Como yo siempre había tenido por indiscutible —y sigo creyendo todavía— que la libertad de inspiración del artista debe ser absoluta y que cada cual debe ir a buscarla donde la pueda encontrar, no fue menuda la sorpresa que me causó el vapuleo que me dieron ciertos alguaciles literarios, sin acordarse, sin duda, de que caprichosa o variable como ninguna, esta señora no se pliega a la voluntad de nadie; que hoy se muestra pródiga como rey de Oriente y mañana más tacaña que Harpagón, y que el mayor atractivo que tiene para sus amantes, es el de presentarse a cada uno bajo distinta forma. De aquí que sea imposible encauzar lo que no admite vallas ni prisiones, lo que es la esencia misma de la libertad. ¿Cómo admitir entonces racionalmente la pretensión de que todos han de acudir a una sola fuente y beber en una misma copa, siendo tan vasto el campo que nos brindan la humanidad, la naturaleza y la fantasía?

Esto me parece que fue la sustancia de lo que dije en defensa de mi libro y de mis convicciones, y lo que con ser cosa juzgada y verdad de clavo pasado en todas partes, pareció entre nosotros teoría nueva y peligrosa, y ¡quién lo creyera! *antipatriótica*. Algunos me llamaron presuntuoso, otros poco menos que sacrílego por haberme atrevido, según ellos, con la venerable tradición, y hasta hubo quien, por acabarme de apabullar, deslumbrara al auditorio con el testimonio de Ibsen. Pero lo que me dejó lelo fue la acusación de mal patriota.

No sospechaba yo, por cierto, antes de que estallara tan legítima como sincera protesta, que media docena de cuentos maluchos y una carta sin importancia pudieran constituir tan gran delito. Siempre candoroso, no

se me había ocurrido que al sostener que no deben existir fronteras para el pensamiento y que la patria del arte es la tierra, podía pecar contra lo más respetable que hay en el mundo: la patria. Lleno de zozobra, tendí con inquietud la mirada hacia otras partes en busca de horizontes más vastos que los nuestros, y la tranquilidad no tardó en volver a mi atribulada conciencia. En efecto, me consolé viendo que en Francia nadie ha puesto jamás en duda el patriotismo de Merimée ni el de Flaubert por haber escrito el uno **Carmen** y el otro **Salambó**, ni en Inglaterra el de lord Byron, por su poema **Don Juan**, pero ni siquiera en los Estados Unidos, donde es fama que priva una patriotería intolerante, el de Fenimore Cooper por **The Hidenmauer**, leyenda del Rhin, o **Mercedes de Castilla** o algunas de las muchas obras con asuntos extranjeros que salieron de la pluma de este fecundo autor.

Mil casos semejantes, antiguos y modernos, podría citar, haciendo gala de erudición, pero creo que los anteriores bastan y sobran para el objeto que me propongo. Y aunque me parece por demás, diré que tan sólo he citado estos ejemplos en abono de mi tesis, y que no abrigo la risible presunción de establecer el más remoto paralelo entre estos ilustres escritores y un modestísimo aficionado como el que firma estas líneas.

Pero como supongo que en literatura, como en todo, la ley no admite privilegios, no me parece justo ni equitativo que se me impongan distintas obligaciones, por cuanto Dios no me ha favorecido con el ingenio de Flaubert o el de Fenimore Cooper.

Sostener que en las gentes y cosas de nuestro país no puede haber motivos de inspiración para el escritor y el artista es un absurdo. Todo, aunque no en grado igual, puede ser origen de una sensación de arte: lo grande y lo mezquino, lo bello como lo deforme, lo grato lo mismo que lo repugnante; pero no es menos descabellado pretender que pueda existir algo que deba inspirar por fuerza a todos. No hay sentimiento, cosa ni ser que posea tal virtud; y si Dios mismo no goza de semejante privilegio, no veo como se quiere hacer una excepción en favor de nuestro *nacionalismo literario*.

El artista vive dominado por su temperamento, que lo lleva con tiránico acierto por la senda que más le conviene. Sófocles no habría podido hacer las comedias de Aristófanes ni éste las tragedias de Eurípides. So pena de perder sus mejores cualidades, el artista no puede divorciarse de su temperamento, porque en él reside el sello característico de su personalidad. Así vemos que de lo que el uno hace un portento, otro, con igual ingenio, sólo podrá sacar una obra mediocre, sin más causa que la diferencia

de temperamento de ambos. Si Poe hubiera empleado su maravillosa imaginación en escribir cuadros de costumbres yankees, es muy probable que sus obras no tendrían hoy fama universal; y no me parece aventurado asegurar, que si Rubén Darío, dejando en el tintero cuentos tan lindos como *El Rey Burgués* y *El Sátiro Sordo*, se hubiera puesto a contar la vida y milagros de las cholitas de Nicaragua, no sería hoy el brillante corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires en Madrid.

El triunfo de las ideas de don Manuel González Z. y demás *nacionalistas* literarios tendría consecuencias muy funestas para lo porvenir. Pretender limitar la labor artística, circunscribirla a una esfera de acción determinada equivale a herirla de muerte, favoreciendo el advenimiento de un arte mezquino e incompleto; sería el fin de todas las energías, de todos los grandiosos arrebatos que son la esencia misma del arte; y no conviene poner tan duro freno a las legítimas aspiraciones de una juventud entusiasta, y menos ahora, que si hemos de dar fe a nuestros críticos, nos van saliendo algunos genios a quienes sería lástima cortar los vuelos.

Imaginémonos por un momento que se adopten al pie de la letra las ideas *nacionalistas*, y que todos los que en Costa Rica emborronan cuartillas se dediquen a lo que gráficamente y sin ninguna intención de burla pudiéramos llamar el género *Concho*, de que el señor González se proclama con legítimo orgullo el fundador. Supongamos también, siempre de acuerdo con esas mismas ideas, que todos se pongan a hacer ditirambos a “la desnuda belleza de nuestra tierra siempre virgen”, etc., etc. ¿Cuál sería el resultado? O mucho me engaño o un horrible guisote compuesto de una adaptación grotesca del género Luis Taboada y de una engorrosa e interminable silva a la zona tórrida. En estas condiciones no debemos aspirar a tener algún día literatura ni arte verdaderos, porque es insensato exigir al novelista que se inspire únicamente en las patochadas de nuestros campesinos; al músico en el *Torito* y en la *Cajeta de leche*; al pintor en las carretas y los bueyes, y al poeta en la pujante verdura.

Pero esto no será, porque es absurdo y lo absurdo no puede prevalecer. En el fondo no es más que una de tantas manifestaciones de la extraña megalomanía que nos aqueja. Se quiere que por fuerza seamos interesantes, que nuestro paisecito incipiente tenga literatura y arte propios, como si para esto no fuera indispensable larga vida pasada, historia y tradiciones. Con todo, soy el primero en aplaudir el esfuerzo de los que tratan de crear una literatura nacional, ya que entre nosotros todo ha de ser *nacional*. Admiro muy de veras a los que encuentran muchas cosas que decir de una india de Pacaca. Tanto más los admiro cuanto que no me siento con fuerzas

para escribir diez líneas sobre el mismo asunto; porque ya sea por temperamento, mal gusto inveterado o perversidad natural, siempre he de hallar más interesante una parisiense o una de nuestras saladas josefinas, que la más apetitosa de esas robustas indígenas que, según veo, llegarán pronto a ser tan poéticas, como fama han tenido hasta aquí de buenas nodrizas, o *chichiguas*, como diría un nacionalista.

A mi modo de ver el peligro no está en que nuestros jóvenes escritores se arriesguen a explorar los jardines inmensos del ensueño y de la fantasía, siempre que de allí vuelvan con hermosos ramilletes. Lo que no se debe sufrir es esa plaga de escribidores que sin saber una palabra de nada, sin tener talento, ni siquiera nociones elementales de gramática, se lanzan con admirable desfachatez a publicar las sandeces más enormes en un idioma que lo mismo puede ser castellano que *guatuso*. Y más culpable que ellos es todavía, a mi modo de ver, nuestra crítica literaria —si se le puede llamar así— que tolera y alienta con su incompetencia y a menudo con su apasionamiento, lo que sólo merece censura. Haría menos daño, ciertamente, una severidad excesiva y hasta injusta, que ese continuo prodigar de alabanzas hiperbólicas, origen de tantas ridículas vanidades y soberbias, en nuestros países de América donde todos, por gracia especial de la Providencia, nacemos estadistas, literatos, oradores, generales y en particular críticos literarios. No hay gacetillero que no se crea un Larra ni aprendiz de novelista que no mire a Valera por encima del hombro. A *portugueses* no nos gana nadie.

Por esto debemos pedirle a Dios que nos depare en forma de crítico sin entrañas, un varón justiciero, que látigo en mano expulse a todos estos infelices del templo de las letras y los devuelva al estudio, al comercio y sobre todo, a las nobles faenas de la agricultura, haciéndose acreedor a la gratitud *nacional* y especialmente a la de los que leen. Algunos, tocados de la gracia y sinceramente arrepentidos de pecados juveniles, nos hemos anticipado ya a esta justicia futura. Así se oirá mejor la voz de los maestros.

Ricardo Fernández Guardia

La República. N^{ro}. 4.988. 24 de mayo de 1900

NACIONALISMO LITERARIO

En literatura como en política la simpatía de ideas y la analogía de temperamentos dan origen a las agrupaciones que se ha convenido en llamar escuelas o partidos.

Algunos creemos que en San José, no contentos con las mil subdivisiones que tenemos al tratar de la cosa pública, se han creado también dos sectas literarias opuestas e irreconciliables. Llamemos a una liberal y a la otra nacionalista.

Dos tendencias principales las distinguen, una de fondo y otra de forma.

Opinan los *nacionalistas* que los temas propios para las plumas de nuestros escritores deben ser genuinamente costarricenses y que deben tratarse en lo que a lengua se refiere en el español convencional que aquí priva.

Un *nacionalista*, por ejemplo, el señor Briceño, al idear una leyenda, dará como escenario a sus héroes las selvas de Talamanca o los llanos del Carmen y jamás se le ocurrirá pasearlos por París, Londres o, siquiera, León de Nicaragua, por oponerse a ello los cánones de su escuela intransigente.

Un *nacionalista*, además, dejará a un lado el *Diccionario de la Academia Española*, que es bueno para el resto de los mortales que vegetamos en Hispanoamérica, y se servirá únicamente del *Diccionario de Barbarismos Costarricenses* de don Carlos Gagini, como lo hizo ya el autor del *Moto*.

Varias personas y entre ellas muchos jóvenes sustentan otras ideas y creen como Gregorio Martín “que la inspiración no debe beberse *exclusivamente* en las fuentes cristalinas de la patria”.

Dedicado a este círculo, que a no dudarlo será llamado pronto por el contrario en son de burla, “Olimpo literario”, reproducimos con especial

placer la carta que don Ricardo Fernández Guardia envió no ha mucho a uno de nuestros diarios.

En ella se defiende este segundo criterio con tal vigor; se establecen los principios con tal claridad, que bien podemos llamarla la *magna carta* de la libertad literaria.

El Heraldo de Costa Rica. Nro. 2.554. 2 de setiembre de 1900.

Nota de la dirección. Tras el texto que antecede, *El Heraldo de Costa Rica* reproduce acto seguido el artículo-carta que Ricardo Fernández Guardia escribe en París el 28 de marzo de 1900 y que en Costa Rica publica el diario *La República* el 24 de mayo del mismo año, en su edición número 4.988, que aquí también figura.



Sr. Dr. Don Rafael Machado

Amigo de mi mayor aprecio y respeto:

Ha estado Ud. en lo cierto cuando afirma que conoce mis ideas acerca del derrotero que debe seguir la literatura nacional, y si no fuera por su excitativa, dejaría pasar en silencio los cargos que un colaborador de *El Heraldo* me hace, pues en diversas ocasiones y en tonos distintos, he lanzado mi opinión a este particular.

Injusto e inconsecuente es el cargo que se me hace al suponer en mí un exclusivismo que jamás ha existido: no soy fanático ni sectario y en política como en literatura seré siempre amigo decidido de la más absoluta libertad.

¿Cuándo y en qué lugar he pretendido yo que todos los que por acá

emborronamos cuartillas sigamos determinada senda o revoloteemos en círculo determinado?

Lanzo formal reto, a quien quiera, para que entresaque de los artículos míos algún párrafo en que esas tendencias se adivinen.

Lo que sí he atacado y seguiré atacando, es la fatuidad literaria, el neocio alambicamiento, el formulismo vacío, el filigraneo de frases y todo ese enjambre de cosas a que comúnmente echan mano ciertos rebuscadores de oficio, logrando con esto conquistarse una fama sin base y ser adorados por los *sustantivos comunes* de la turbamulta.

Si de algo debe el individuo estar satisfecho es de su independencia de carácter, de su autonomía en ideas y de su libre voluntad de elección.

Nada hay más hermoso que después de un análisis sereno, sin ofuscamiento ni preconcebida mala intención, desechar uno aquello que le parece malo o inaceptable y ponerse de pie para sostener sus ideas en el terreno adonde las circunstancias lo llamen.

Así en mí pasa ahora, estimado Doctor: hay individuos que se han alarmado por mi modo de pensar, unos me llaman infatuado, otros aberrado, el que menos, ignorante. Por dicha mis opiniones de ahora son el producto de un íntimo convencimiento, no de las circunstancias, las poseo y las llevo con honradez; no me importan las descargas, ni las temo, de la soldadesca, más ahora en que se ha demostrado que sus jefes sólo han nacido para llevar bien el vistoso uniforme y nada más.

Lo que más me ha llamado la atención de estos modernos *tácticos*, es cómo ellos por sí y ante sí (y sin poner sus firmas, se entiende), han hecho dos agrupaciones del gremio literario, dos sectas irreconciliables, como ellos dicen, y han llamado a la una liberal y a la otra nacionalista: aristocracia y plebe, se comprende.

¿Verdad que esto es divino, Doctor?

Lo que es yo, no extraño cosa tan original, después de ver que en un país tan pequeño como el nuestro se ha hecho una agrupación de los guanacastecos y se ha pretendido decirnos: “hasta aquí llegan Uds. y si se atreven ¡ay del puntapié *tico!*” ¡Oh si esto es para despertar de sus sepulcros a los mismos héroes del siglo XVI! Pero, les diría yo, vengan acá, señores ocultos, ¿quién les ha metido a Uds. que son el Olimpo literario? ¿En qué cabeza humana caber podrá que Uds. se llamen también liberales?

El liberal jamás combate oculto, sale a campo abierto y allí acepta el reto o tira el guante.

¿Cuándo han hecho Uds. semejante cosa?

A veces, cuando se les plantean cuestiones, para combatir las cuales necesitan de estudio y buena lógica, o apelan al insulto bajo y mezquino, o dicen con desdén “que no quieren descender hasta uno”. Bien, llegará el día en que por la fuerza los hagamos descender.

Mas es tiempo de que trate de otra cuestión.

Si en alguna cosa he deseado que se practique obediencia, es en las reglas del bien decir, quiero en esto el acatamiento, más no la abyección absoluta.

Yo nunca perdonaría a un escritor que por no cometer una desobediencia a las reglas del idioma se prive de dar a la publicidad ciertas concepciones que su imaginación le dicte. Las ideas que el cerebro concibe en ciertos estados del ánimo, saltan a la pluma a veces a manera de relámpago en forma de zigzag; asustan a los espíritus débiles pero encantan a los amantes de la suprema belleza. Ciertas reglas, por lo común, son hijas del convencionalismo humano o del capricho de las autoridades; el pensamiento, por el contrario, es producto de la inspiración y cuando ésta se siente tocada fuertemente, tiene que dar a aquéllas tal empuje que no es posible sujetarlas a los moldes sino dejarlas volar a manera de palomas mensajeras para que vuelvan con el verde ramo de olivas al arca de donde salieron.

Hay que tomar en cuenta, además, que las reglas nos las dictan en la Península, y que éstas, en algunos de sus detalles, no pueden privar acá en América. Nuestra Naturaleza nos habla de distinto modo que la de Iberia a los españoles; hay ecos en nuestras selvas y espectáculos en nuestras montañas que para designarlos tenemos que inventar palabras y ponerlos de relieve recurriendo a términos nuestros. Hasta los pájaros de nuestras zonas visten distintos plumajes y cantan de diverso modo que los del Viejo Continente.

Yo opino que cada cual se inspire en las fuentes que siempre ha visto, en el cielo que siempre lo ha cobijado y en los horizontes hasta donde su vista alcance. No me explico cómo haya gente que hable de lo que no sabe ni que describa paisajes que no ha visto.

La *magna Carta*, como por allí ha llamado alguien a la de Fernández Guardia, es para mí una magna contradicción. Este Sr. empieza proclamando en ella la libertad en el arte y luego se torna regañón con los que con él no opinan. ¿Y quién va a opinar con él si lo que escribe a muy pocos gusta?

A Fernández Guardia nadie lo ha hecho autoridad, es un principiante amanerado como tantos: lo que escribe no lo siente, en su prosa no hay inspiración. ¿Cómo quiere, pues, que nos inspiremos leyéndolo?

Pretende este señor que nos enamoremos de las parisienses sin conocerlas, que escribamos cuentos inspirados en asuntos madrileños o del Barrio Latino, sin ser aquéllos nuestros medios, y que no hablemos de nuestras zonas ni de nuestras *cholitas*. Pero, ¡gran Dios!, si no todos contamos con tendencias para la diplomacia y por esto no hemos podido darnos paseos por esos países de allende el charco.

Hay una cosa que es general a todos los pueblos, y es la poesía; el escritor apela a ella para hermostrar sus obras y con ese pasaporte éstas van paseándose triunfantes por todas las naciones. Y no importa el género de lo escrito ni su escuela, con tal que sea bella la obra. Los cuadros montañoses de Pereda, a todo el mundo gustan, dentro y fuera de España, y no es porque las montañas de la Península superen en belleza a las de otros lugares, por ejemplo el nuestro, sino porque las descripciones están hechas con arte.

Todo está en ver el lado poético de las cosas, con ojos de poeta, como dicen los retóricos, y nada más. El señor Fernández no es poeta con la pluma y de esto él no es responsable.

Jorge Isaacs vio artísticamente un idilio en su tierra natal, se penetró de la poesía de él y de allí nació esa obra delicada, incomparable: la *María*.

¡Y pensar que algunos de los personajes de esa novela hablan a veces en lenguaje *concho*, digámoslo así, y que eso lo condena don Ricardo desde París! ¡Y pensar también que este señor no escribirá jamás una novela nacional como la *María*! ¡Qué desilusión!

Doctor, Ud. más que nadie conoce las producciones de Pepe Milla, ¿qué opinión le merece aquel escritor nacional?

Ud. ha leído, de seguro, *Tabaré* de Zorrilla de San Martín. ¿Afirmaría Ud. con su experiencia, buen gusto y estudio, que esa obra es fea?

Para mí, lo repito, cualquier escuela literaria es aceptable, siempre que el escritor sepa expresar la belleza —que sea artista, en una palabra—.

Si alguien ha viajado y penetrado también en las costumbres de otros países, que ponga en ellos el escenario de sus personajes, pero que no se meta en profundidades ignotas porque puede perecer.

Pocos, en verdad, han sido los Julio Verne y muchos, muchos han sido los que se han descalabrado al querer subir un Himalaya imaginario.

Soy del respetable amigo atto. y seguro servidor,

Leonidas Briceño

El Herald de Costa Rica. N^{ro}. 2.555. 4 de setiembre de 1900



CASI PALIQUE

El *Heraldo* del 2 del presente mes reproduce una carta que desde París había dirigido don Ricardo Fernández Guardia a uno de los diarios de esta capital. Esa carta, que el redactor de aquel periódico con su genial bondad calificó de *magna* (sin duda por sus dimensiones), merece un ligero examen no de pobres aficionados como somos nosotros, sino de un “varón justiciero” que tamice la consabida, y separe la *hojarasca* o basura del grano fino: y conste que no somos envidiosos cazurros de las *glorias* literarias del señor Fernández Guardia, de quien, dicho sea de paso, hemos tenido siempre buena y alta idea; pero sí nos gustaría que este señor se convenciera de que, aficionado como es, debe dejar a un lado aquella autoridad que asume cuando escribe, autoridad que, si cuadra bien a un Juan

Valera, o a un Leopoldo Alas, en él, es perfectamente ridícula. En efecto, don Ricardo, que no ha escrito más que una docena de cuentos *maluchos*, como él dice en un exceso de modestia, y alguna otra cosilla por el estilo, que ha cometido algún pecadillo feo en eso de imitar —muy de cerca— a escritores de alto coturno, comido por el deseo de cultivar literatura exótica, como lo probaremos más adelante, no es quien debe lanzar desde el Sinaí de su vanidad, rayos y anatemas contra los *escribidores* de esta tierra, muchos de ellos verdaderamente originales, y *nacionalistas*; muchos de ellos dignos de estímulo porque empiezan iniciando el verdadero, el único derrotero que debe seguir la literatura patria, aportando algunos granitos de arena, si pequeños, de buena calidad, para el cimiento en que más tarde debe levantarse el edificio a que todos debemos cooperar en la medida de nuestros esfuerzos; a construir, como si dijéramos, nuestro hogar literario.

A este respecto recordamos lo que don Juan Valera decía en sus *Cartas Americanas* a Rubén Darío, poco tiempo después del aparecimiento del libro *Azul*: “Ustedes deben aspirar a fundar *su* literatura propia, típica; su patria es hermosa, su civilización relativamente adelantada: la naturaleza tropical que admiran, las costumbres de un país nuevo y pujante, la historia misma de la conquista de ese pedazo del Continente Americano, todo ello es materia abundante, venero riquísimo para que ustedes surjan y *hagan literatura*; lo demás sería imitar, ir servilmente tras las huellas de los otros, repetir tal vez mal, lo que hace siglos se escribe en la vieja Europa . . . etc.”

Ciertamente que éstas no son las propias palabras que el admirable novelista español escribió: pero sí aseguramos que es el resumen, poco más o menos, de lo que leímos hace muchos años, y que no hemos olvidado todavía.

* *
*

Pasamos por alto los largos párrafos en que don Ricardo, con grandes esfuerzos de *erudición*, sostiene la libertad literaria del escritor, y francamente, que no había necesidad de tales esfuerzos, pues es cosa que por sabido se calla; el genio y la fantasía no reconocen límites; vuelan por el cielo infinito del arte; como el águila, domina la altura, y desciende cuando le place al profundo valle: pero para eso es menester alas, no como las de Icaro, sino fuertes y potentes; haber explotado todos aquellos filones que al ancho campo de la observación presenta el medio en que se ha nacido, vi-

vido y sentido; y cuando ya se ha estudiado y analizado lo que nos rodea, lanzarnos al espacio, y buscar otros horizontes más amplios y otras civilizaciones que estudiar y comparar. Un costarricense, por ejemplo, que ensaya sus primeros pasos por la senda de la literatura en su propio país, debe hacerlo *muy naturalmente*; es decir, que el fruto de sus primeras sensaciones artísticas sea una palpitación de su temperamento, producida en virtud de su observación, y del análisis que le sugiera el fenómeno que ha herido su imaginación; de ahí la necesidad de dar forma y vida a su pensamiento, y de ataviarlo con las prendas más o menos valiosas de su ingenio; quizá riquísimos mantos, tal vez harapos. . . de esa suerte empieza a estudiar la naturaleza, la sociedad, el *medio* en que vive, todos aquellos factores que van formando atmósfera, donde más tarde ha de brillar el astro de su inspiración, por aquello que dice don Ricardo de que “Todo, aunque no en grado igual, (es claro, según el intelecto de cada uno) puede ser origen de una sensación de arte.”

Dice don Ricardo: “El triunfo de las ideas de los *nacionalistas* literarios tendría consecuencias muy funestas para lo porvenir. Pretender limitar la labor artística, circunscribirla a una esfera de acción determinada equivale a herir de muerte, *favoreciendo el advenimiento de un arte mezquino e incompleto. . .*”, etc. ¿Y quién le ha contado a don Ricardo que favorecer el *nacionalismo* es “limitar la labor artística, circunscribirla a una esfera de acción determinada, herida de muerte, matar energías”? ¿Pues no dice “que todo puede ser origen de una sensación de arte, lo grande y lo mezquino, lo bello y lo deforme?, ¿y entonces?. . . Aparte de esto, ¿dónde y en qué país, qué generación ha presenciado el advenimiento de un arte *completo y desarrollado*? Nos gustaría que don Ricardo lo indicara. ¡¡Consecuencias funestas porque nace un arte!!, porque hay quien empieza a acordarse de que somos costarricenses, y que debemos producirnos como tales: porque se piensa en escribir lo que vemos, lo que sentimos, de lo que nos rodea; porque espontáneamente nace una flor fresca y olorosa en medio de nuestro campo, y porque. . . esa flor no es de raso ni está manufacturada en una tienda de la *rue Vivienne!*”

(Continuará)

La República. Nro. 5.082. 18 de setiembre de 1900

(Continúa)

¿Cuándo se ha sostenido la idea de que el novelista aquí ha de inspirarse en las patochadas de nuestros campesinos, el artista en el *Torito* y en la *cajeta de leche*, el pintor en las carretas y bueyes, y el poeta en la pujante verdura?

Verdaderamente que don Ricardo acusa con lo que escribe un número muy enteco, cuando en Costa Rica no ve otros motivos de inspiración. ¿Conoce las patochadas de los montañeses que tan graciosamente nos describe Pereda en *Peñas Arriba*, en *La Puchera*, en *Sotileza*? ¿Conoce las patochadas del pueblo bajo (concho), del Perú, de que nos habla Ricardo Palma? ¿Etc.?

Sigue don Ricardo: “Se quiere que por fuerza seamos interesantes, que nuestro paisecito incipiente tenga literatura y arte propios, como si para esto no fuera indispensable larga vida pasada, historia y tradiciones. Con todo, soy el primero en aplaudir el esfuerzo de los que tratan de crear una literatura nacional ya que entre nosotros todo ha de ser *nacional*”. ¿Pues no dijo antes que *eso* tendría funestas consecuencias?, ¿y ahora lo aplaude *el primero*?

Continúa: “Admiro muy de veras a los que encuentran muchas cosas que decir de una india de Pacaca. Tanto más lo admiro cuanto que no me siento con fuerzas para escribir diez líneas sobre el mismo asunto”, etc. Esto sí se lo creemos a don Ricardo; pero le aseguramos que aquí hay quien pueda hacerlo, y con lujo de fantasía. Por lo pronto nos acordamos de García Monge, quien ha publicado ya dos novelitas, donde no aparecen ni parisienses ni siquiera tipos de nuestras gallardas josefinas. “Todo es digno del arte, lo grande como lo mezquino, lo bello como lo deforme”, cierto; la cosa es saberlo hacer. “That is the question”.

Y lo malo del cuento es que don Ricardo, con esas ideas que le van saliendo, y de que tienen la culpa sus estadías en París, se va a *descalabrar*;

por aquello que él mismo dice de querer ser *interesantes*. Se le metió escribir Sevilla, una descripción bonita, no lo negamos, para ser de un aficionado y quién sabe si no recordó o no había leído las hermosas páginas que Edmundo de Amicis consagró a esa ciudad: léalas don Ricardo; léalas quien guste, y díganos con franqueza si no debió éste romper su pluma ante aquellas páginas llenas de erudición, de lujo, de detalles, de amenidad y de belleza: la Sevilla de Fernández Guardia es una vela de sebo al lado de un potente foco eléctrico, comparada con la Sevilla que describe Amicis en su libro *España*.

¡Oh! ser *nacionalista* qué patochada: es mejor beber en otras fuentes. . . *iya lo creo!*

(Continuará)

La República. Nro. 5.085. 21 de setiembre de 1900



CASI PALIQUE

(Continúa)

Pero no crean nuestros lectores (si es que alguno tenemos) que aquí pára la cosa; no, señores: Amicis es funesto para don Ricardo, y si no, van ustedes a verlo.

Leíamos *Constantinopla*, otra hermosa obra de Amicis (porque aquí para *entre nos*, declaramos que nos gusta más leer que emborronar cuartillas, salvo un *casus belli* como este), cuando al llegar al capítulo *Constantinopla futura*, página 171, tomo 1^o, nos picó la nariz; algo conocíamos nosotros muy igual, pero no sabíamos qué: volvimos a leer y estábamos seguros de haber leído un cuento, algo así, muy, pero muy parecido: la memo-

ria empezó a revolver archivos y archivos. . . y de pronto. . . nos gritaron por dentro. . . Sevilla, por Ricardo Fernández Guardia. No puede ser, nos dijimos. . . acordándonos del bombo que le habían dado algunos amigos a Hojarasca, y sobre todo, a *la perla* de esa obra, Sevilla: buscamos; confrontamos, y he aquí lo que salió:

CONSTANTINOPLA FUTURA

Edmundo de Amicis

“¿Qué será de esta ciudad, dentro de uno o dos siglos, aunque los turcos no hayan sido arrojados de Europa? ¡Ay de mí! El gran holocausto de la belleza a la civilización se habrá consumado ya.

Yo veo esa Constantinopla futura, esa Londres de Oriente que levantará su amenazadora y triple majestad sobre las ruinas de la más risueña ciudad de la tierra. Las colinas serán desmontadas, los bosques talados, las casitas multicolores demolidas. El horizonte será cortado por todas partes por las extensas líneas rígidas de los palacios, de las casas de obreros y de los talleres, en medio de los cuales se erguirán millares de chimeneas altísimas, de oficinas y de piramidales remates de campanarios; largas calles rectas y uniformes dividirán a Stambul en diez mil enormes paralelepípedos; los hilos del telégrafo se cruzarán como inmensa tela de araña sobre la cabeza de la ciudad rumorosa; sobre el puente de la *Sultana Validé*, no se verá más que un torrente negro de sombreros de copa y de hongos; la colina misteriosa del Serrallo se convertirá en jardín zoológico: el Castillo de las Siete Torres, en presidio; el Ebdomón en museo de historia natural; todo será sólido, geométrico, útil, gris y oscuro, e inmensa nube confusa velará perpetuamente el bello cielo de Tracia, al que no se levantarán ni ardientes oraciones, ni ojos enamorados, ni cantos de poeta. . .”

SEVILLA

Ricardo Fernández Guardia

“Dichosa Sevilla, tierra de poesía que dormitas y sueñas tranquila en medio del bullicio y de la fiebre que a los pueblos modernos consume. ¿Lograrás escapar del bárbaro progreso? ¡Ay, no lo creo! El terrible monstruo todo lo destruye, todo lo devora.

Un día llegará, ¡terrible día!, en que cuadrillas de salvajes armados de *asquerosos* instrumentos *destriparán* sin piedad tus casitas blancas, para

trazar monótonas y rectas avenidas; *hedionda* y espesa humareda empañará el azul purísimo de tu cielo. El Guadalquivir tan celebrado arrastrará tristemente sus aguas amarillentas villanamente encajonado entre muros de sillería. El Alcázar glorioso caerá en manos de cualquier Bárnun, que lo convertirá en museo, de figuras de cera, y la Giralda vendrá a ser chimenea de una fábrica de cerillas

De las mantillas nadie se acordará, y serán reemplazadas por el gorrito chabacano de la costurera francesa

Pero al fin sucumbirá Sevilla bajo los golpes del fabricante de calcetines; y cuando se haya perpetrado el crimen, cuando sólo quede ya la memoria de que en aquel sitio vivió una ciudad maravillosa, toda amor y poesía, vendrán entonces los poetas si todavía los hay, a buscar un vago recuerdo, etc.”

(Continuará)

La República. Nro. 5.086. 22 de setiembre de 1900



CASI PALIQUE

(Concluye)

De esto hace algunos años, y sin embargo hasta ahora no se nos ocurre contarle en abono de la tesis que sostenemos; nuestro propio carácter se rebelaba a hacerlo; pero es lo cierto que la semejanza de los dos párrafos transcritos salta a la vista; el mismo tono elegíaco, los mismos temores, las mismas consideraciones. . . ¿será éste uno de esos fenómenos que

podemos llamar de *inducción literaria*?, puede ser: cuando dejamos correr la imaginación, como corcel desbocado, por el ancho campo de nuestros ensueños, podemos repetir lo que en iguales o parecidas ocasiones ha dicho otro.

Así es que en Sevilla, refiriéndose don Ricardo a las casitas blancas, teme que las *destripen* (!!) con *asquerosos* instrumentos; ni más ni menos que si las pobres tuviesen *tripas*. Más *gramático* el traductor de Amicis, refiriéndose a las casitas multicolores de Constantinopla, teme que las *derriben*.

No obstante, el señor Fernández Guardia tiene producciones que le acreditan como aficionado de fundadas esperanzas. Y viene al caso recordar aquí su cuento *Tapaligui*, muy hermoso; él (don Ricardo), que asegura no poder escribir *diez líneas* sobre una india de Pacaca, y que admira *muy de veras* a quien encuentra muchas cosas que decir de ella, ¡¡ha escrito todo un cuento sobre un indio de Nicoya!!; y qué cosas: es uno de los más bonitos de su libro *Hojarasca*. ¿Y por qué?, porque está escrito con naturalidad, sin rebuscamientos *académicos*, sin divagaciones, va derecho a su fin como un arroyuelo tranquilo. Lástima grande que en él no hay una de esas descripciones de nuestras selvas seculares, perfumadas, con ese vaho que exhala la tierra calentada por el sol de los trópicos: y vean ustedes cómo, don Ricardo, ha venido también con su granito de arena, y de buena calidad, para *nuestro edificio literario*; él que contrae las gentiles conchas de su nariz, al tufillo de *literatura nacional*, ¡hecho un verdadero *nacionalista*!

¿Pero tiene derecho a todo el mérito *intrínseco* de ese cuento, el señor Fernández Guardia? Vamos a verlo, tirando del hilo saldrá la madeja de donde lo hilvanó, que es una *madeja gorda* y que dará mucha tela; nada menos que el capítulo titulado *Descripción que hace Gonzalo Fernández de Oviedo del Golfo de Nicoya, de sus islas, y de sus ribereños*, que principia en la página 38 de *Historia de Costa Rica durante la dominación española —1502 a 1821*, por don León Fernández.

Escribe don Ricardo: “El cacique era reputado como el primer bebedor, etc. . . y de tan malas costumbres que su depravación le había valido el nombre de perro —porque Nambi quiere decir perro en lengua Chorotega.”

Y en las páginas 48-49 del capítulo citado, dice Fernández de Oviedo. . . “Verdad es que uno de los caciques que más se hanpreciado de la

amistad de los españoles es aqueste llamado Nicoya, y era bautizado, e se llamaba D. Alonso, e como indio se dice Nambi”, y después “que en aquella su lengua Chorotega quiere decir perro” y más abajo: . . . “Pero en fin, él tenía el nombre como las obras, e las obras como el nombre Nambi que como tengo dicho quiere decir perro”.

Dice don Ricardo: “Entre Nambi y los suyos circulaban también jícaras de chocolate, rico y noble brebaje de que sólo hacían uso los grandes; y de vez en cuando traíanles las mujeres hojas secas de tabaco, y ellos después de arrollarlas en forma de cilindro y atarlas con hilos de cabuya, encendidos por un extremo, absorbían con delicia el humo que exhalaban por otro”, etc.

Y dice Fernández de Oviedo: “E comenzó una moza a les traer de beber en unas higüeras (júcaras) pequeñas, como escudillas o tazas, de una chicha o vino. . . E así como comenzaron a beber, trujo el mismo cacique un manojo de tabacos, que son del tamaño de un jeme e delgados como un dedo, e son de una cierta hoja arrollada e atada con dos o tres hilos de cabuya delgados. . . y encendíalas por el un cabo. . . e de cuando en cuando metíanlas en la boca. . . e chupaban para dentro un poco espacio aquel humo por la boca e las narices”. . . y después: “E continuando el beber yendo e viniendo indios y indias con aquel brebaje a vueltas del cual les traían otras higüeras o tazas grandes de cacao cocido. . .”

Sigue don Ricardo: “Tapaligui —llamó Miri—. Yo soy, respondió el interpelado aproximándose. Era este un indio de elevada estatura y ademán resuelto. Traía la cabeza rapada y el resto de los cabellos formando un empinado cono de cuya cima recaían en forma de borla, indicio de que aquel hombre era un guerrero.”

Y Fernández de Oviedo: “Y entre ellos el que ha vencido alguna batalla personal de cuerpo a cuerpo a vista de los ejércitos, llaman a este tal *tapaligui*, y éste para señal de estas armas ópimas, trae rapada la cabeza. . . y en medio de aquella corona dejan un flueco de cabellos más altos que parecen como borla, etc. . . .”

Dice don Ricardo: . . . “debiendo éstas [las mujeres] estrenar en semejante ocasión un par de *gutaras* o zapatos nuevos. . .”

Y Fernández de Oviedo: “Llevan las mujeres cada una aquel día un par de *gutaras* [o zapatos nuevos]”, etc.

Continúa don Ricardo: “Al pie del montón del sacrificio yacían atados de pies y manos unos cinco o seis desgraciados cuya carne sería comida como manjar santo. . .”, etc.

Y Fernández de Oviedo: “E luego descabezan aquel hombre e otros cuatro o cinco sobre una piedra que está en dicho montón en lo alto de él, . . . donde son recogidos e después comidos por manjar santo e muypreciado. . .”; don Ricardo: “el sacrificador arrancó el corazón y elevándolo sobre su cabeza ofreciólo al sol. . .”, etc.

Fernández de Oviedo: “e ábrele por el costado e sácanle el corazón, e la primera sangre de él es sacrificada al sol. . .”, etc.

Como verán nuestros lectores, a don Ricardo le queda algo *suyo* en el cuento *Tapaligui*. Para ser *verídico*, y *nacionalista*, no quiso tomarse la molestia de inventar algunos nombres, ni siquiera citar la obra de donde tomó sus apuntes, como diz que lo estilan algunos *meticulosos*. . .

Pero no importa, el cuento es bonito, y lo aplaudimos con toda sinceridad, es tan nacional. . .

“Porque hemos creído siempre, y seguiremos creyendo todavía, que es preferible escribir *nacionalmente*, *magüer* sea sobre indiecitas de Pacaca o de Tobosi, que. . . ¿Para qué seguir?, no hemos querido hacer la crítica de los cuentos de don Ricardo: nuestros propósitos no eran otros que examinar la carta a que nos referimos al principio de estos articulejos, y hemos de confesar ingenuamente que la tal nos abrió el apetito de emborronar algunas cuartillas, a pesar de la autoridad literaria del señor Fernández Guardia. ¡Que se conduela de nuestra temeridad!!

10—IX—1900.

Jenaro Cardona

La República. Nro. 5.087. 23 de setiembre de 1900



I. En estos días se ha tratado de si nuestra literatura, que está en pañales, ha de ser nacional, es decir, encerrarse en asuntos enteramente locales, o si podrá alzar el vuelo puertos allende y agitar sus alas en extraños climas. Las opiniones son diversas. El señor Fernández Guardia, con mucha gracia, ha dicho que las obras literarias que se concretaran a nuestros asuntos lugareños pertenecerían al género *concho* y que no es posible entusiasmarse ante una india de Pacaca. Otros, por el contrario, creen que esta naturaleza tropical que nos rodea, tan exuberante, tan espléndida, es una fuente fecunda de inspiración y que las escenas y las costumbres americanas son lo único interesante que podemos presentar a los lectores de otros continentes.

II. Los que así opinan invocan en su apoyo la inmortal *María* de Jorge Isaacs, novela de carácter enteramente americano, que tan aplaudida ha sido; y las novelas de José Milla, basadas casi todas en la historia antigua de Guatemala. Podrían citarse asimismo la novela de Luis Benjamín Cisneros, intitulada *Julia* o escenas de la vida en Lima, y otras muchísimas obras así en prosa como en verso y de todos los géneros, escritas sobre asuntos de América.

III. No sólo es esto, sino que hay producciones literarias circunscritas a pintar las costumbres de una determinada sección social de un país, acerca de lo cual abundan los ejemplos en la moderna literatura española. Y también en las de otros países: una de las mejores novelas de Flaubert tiene por objeto pintar costumbres de provincia y otra de Daudet las tarasconenses. Nosotros mismos, en nuestra pequeñez, tenemos novelas y cuentos nacionales que han merecido la pública aceptación. Eso sí, las obras de este género tendrán un interés universal más o menos grande según sea la importancia del país a que se refieran, y son las que necesitan de más poderosas facultades en el autor para que asuntos enteramente locales puedan despertar algún interés en otros países desligados en todo de aquel en que pasa la novela, la leyenda, el drama o el poema. Se necesita entonces que el poeta sepa muy bien hacer vibrar las cuerdas que son comunes a todo corazón humano, y lo que venimos diciendo será tanto más cierto

cuanto más predomine en la obra literaria el carácter local. En la generalidad de los casos, el que escriba en ese género tendrá que contentarse con sólo el aplauso de sus connacionales. En corroboración de lo expuesto pongamos dos ejemplos que nos tocan de cerca: Salomé Jil tenía dotes muy grandes para ser escritor de costumbres, viveza de imaginación, gracia incomparable, conocimiento profundo del corazón humano; sin embargo sus cuadros, aunque han sido tan celebrados dentro y fuera de Centro América, no alcanzarán el aplauso universal que merecen, a causa de estar salpicados de *chapinismos* ininteligibles fuera de Guatemala. El doctor Goyena era un gran fabulista que estaba al nivel de los más famosos; pero a causa de haber dado a algunos de los animales que en sus apólogos interviene los nombres con que vulgarmente son conocidos en la citada República, Goyena, cuyas obras han sido reimpresas en Europa, no ha alcanzado toda la celebridad a que es acreedor.

IV. En la cuestión a que al principio aludimos, nuestra humilde opinión es que el poeta no tiene patria, no reconoce fronteras; el genio es águila cerniéndose en el espacio, que puede remontar el vuelo hasta contemplar el sol de hito en hito, o descender a la tierra y detenerse en el lugar que a bien tenga. El genio es más que el águila, porque puede subir a otros sistemas planetarios y poblar mundos desconocidos; es dueño de todo lo creado y de lo increado, porque de su inspiración pueden surgir el Cielo, el Purgatorio y el Infierno. El genio crea y transforma, y así como de un trozo de rudo mármol el cincel del artista puede hacer bellísima Venus, la inspirada pluma podría convertir en nueva Atala a una india de Pacaca; pero pensar que las creaciones literarias deben encerrarse en el pedazo de tierra que nos vio nacer, sería tratar de convertirlas en águila atada a un poste y con las alas rotas.

El Heraldo de Costa Rica. N^{ro}. 2.579. 5 de octubre de 1900



París, 2 de octubre de 1900.

Sr. Dr. don Rafael Machado Jáuregui,
redactor de El Heraldo de Costa Rica.

Mi querido amigo:

Mil gracias por la publicación en *El Heraldo* de los artículos que un amigo cariñoso ha escrito, a principios del mes pasado, en defensa de mi personalidad literaria.

Se me figura que alguna miga ha de tener mi *Hojarasca*, cuando todavía, después de seis años de publicado, excita este librejo las iras de los *críticos* nacionalistas. Crea V. que lejos de mortificarme, estos ataques halagan en alto grado mi vanidad. En literatura, como en amor, todo es preferible al desdén y al olvido.

Las críticas de poco sirven, en verdad. No pasan de ser opiniones personales, más o menos autorizadas o apasionadas, que nada influyen a la larga sobre el mérito de las obras. Voltaire, que fue el primer crítico de su tiempo, trataba de bárbaro a Shakespeare; pero su opinión, con ser tan valiosa, no ha podido prevalecer. En cambio, ¿quién se acuerda hoy de Pérez de Montalván, tan celebrado en su época?

No diré como Balzac que la crítica es oficio de impotentes; pero sí puedo afirmar, sin temor de equivocarme, que es más fácil censurar que producir. Poetas y novelistas, aun de lo peor, hallará V. muy pocos entre nosotros; pero en todo escritorzuelo bilioso hay el germen de un *crítico*. . . a la moda nuestra. Basta con que además de bilioso sea ignorante y escriba, si a mano viene, ojo con *h*.

Su afectísimo amigo de siempre,

Ricardo Fernández Guardia

El Heraldo de Costa Rica. N^o. 2.597. 27 de octubre de 1900

París, 19 de octubre de 1900.

Está visto que no gozo de las simpatías de los nacionalistas. Estos caballeros de temperamento brioso, no desperdician ocasión de enviarme recuerdos más o menos acibarados. Apenas me acaba de soltar un señor Briceño del Guanacaste, que me anonadaba bajo el peso de su desdén olímpico, cuando me sale en *La República* un nuevo contendiente, don Jenaro Cardona, excelente sujeto, pero poeta desgraciado, que en un tiempo solía cometer versitos lacrimosos, allá en las soledades de San Ramón, y que ahora se ha revelado “crítico” literario.

¡Pobre de mí! Entre tantos Clarines y Valbuenas no me van a dejar hueso sano. Pero también es justo decir que yo me tengo la culpa y me está bien empleado, porque ¿a quién demonios se le ocurre pretender que una parisiense es más seductora que una india de Pacaca y que las novelas de Cervantes y aun las de Pereda son un tantico mejores que las de García Monge? El que tales opiniones profesa y ostenta gustos tan depravados, merece cualquier cosa. Hasta que lo critiquen Briceños y Cardonas.

Y conste que aunque yo también soy crítico literario de nacimiento —como todo buen costarricense—, nunca he dicho esta boca es mía acerca de las maravillas de nuestra novísima literatura, “hecha en casa y todo”, como la chicha de los nacimientos. No quiero correr la suerte de Brenes Mesén, que estuvo en un tris de ser desollado vivo por haber escrito lo que pensaba, tal vez con demasiada crudeza. Es preciso no echar en olvido que las teorías nacionalistas van siempre acompañadas de gran ferocidad y violencia. Los “bóxers” de la China son nacionalistas, aunque no literarios.

El autor de los *Casi Paliques*, que, según él mismo dice, ha tenido siempre de mí buena y alta idea —Dios se lo pague a don Jenaro—, no se contenta con reeditar la leyenda maliciosa que me hace aparecer como enemigo irreconciliable del arte nacionalista (?). Con mucho estrépito y envenenados preliminares proclama a los cuatto vientos que me ha sorprendido en **flagrante delito de plagio**. Caramba y qué contenta se sentirá toda la familita nacionalista con este formidable descubrimiento de don Jenaro. Mu-

cho será si ahora no le ponen altar o no le dan, por lo menos, su diplomata de “poeta nacional”, que bien ganado se lo tiene.

No seré yo quien diga que no hay analogía entre el trocico de Amicis citado por don Jenaro y las frases que de Sevilla reproduce con hábiles recortes. Analogía la hay también entre ambas ciudades, glorias poéticas de antaño, fatalmente destinadas a desaparecer, como todas las grandezas de este mundo. Nada más natural que un mismo tema haya sugerido análogas o parecidas reflexiones. Antes y después de Amicis, han debido muchos de pensar lo mismo contemplando a Constantinopla, a Sevilla, a Jerusalén, a Granada. Ha habido, pues, una coincidencia de pensamiento entre el ilustre autor italiano y yo, de la cual me enorgullezco. En cuanto al plagio no ha podido existir ni siquiera en forma de reminiscencia inconsciente, porque jamás he leído ningún libro de Amicis.

No se me oculta que esta razón sólo es buena para los que conocen mi sinceridad y saben cuán grandes son mis escrúpulos en materia literaria; pero estas opiniones, que son las que acato y respeto, me bastan y sobran para el caso. Seguro de no haber despojado a nadie, diré como Musset, al que también acusaban de plagio:

“Mon verre n’est pas grand,
mais je bois dans mon verre”.

El segundo pecado de que me acusa el autor de los **Casi Paliques** es sencillamente ridículo. ¿Dónde quería el bueno de don Jenaro que fuese yo a tomar datos sobre las costumbres de los “Chorotegas” sino en el libro de Fernández de Oviedo, único autor que trata del asunto? Lo que no dice don Jenaro es que yo mismo he publicado la relación de Oviedo en la **Historia de Costa Rica** de mi padre, donde han podido leerla todos; y si el “crítico” novel se hubiera tomado el trabajo de expurgar un poco más mis plagios, habría podido ver que no sólo me he servido para mi cuento **Tapaligui** de la **Historia de Oviedo**, sino también de la relación del licenciado Palacio a Felipe II, que corre impresa en el tomo I, página 1 de los **Documentos para la Historia de Costa Rica**. De manera que mi cuento se ajusta rigurosamente a la verdad histórica, siendo éste, a mi juicio, su mayor o único mérito.

Estas teorías de don Jenaro, acerca del cuento o de la novela históricos, me proporcionan la honra de tener en calidad de compañeros de plagio a muchos de los más ilustres escritores contemporáneos, entre los cuales citaré a Sienkiewicz, autor de la famosísima novela **Quo Vadis?**, cuyos

elementos se hallan todos en las obras de Tácito y otros escritores latinos; a Flaubert, a Dumas, a Pierre Louÿs, a Gebhart, a Pérez Galdós, que según las teorías cardoníticas, ha plagiado toda la historia de España, desde la batalla de Trafalgar hasta las bodas de doña Isabel II y de doña Luisa Fernanda. Me acompañarán también en el banquillo un autor citado por don Jenaro, don José Milla, que escribió *La hija del Adelantado* y *Los Nazarenos*, y don Carlos Gagini, que para un cuento titulado *La silla del Gobernador*, se inspiró en las ruidosas disputas de don Juan de Ocón y Trillo con el obispo don Pedro de Villarreal, las cuales se relatan en la misma *Historia de Costa Rica*.

Por lo demás, poco o nada nuevo encuentro en los *Casi Paliques* de don Jenaro, descartando por supuesto el tono magistral, casi profético, con que vierte sus opiniones. La lógica suele cojear también a menudo en sus laboriosos escritos, y así dice que la libertad del artista es “cosa que por sabida se calla”, lo que no le impide amenazarme con probar mi afición a la literatura exótica.

¿En qué quedamos?

Esta manera graciosa que tienen los nacionalistas de entender la libertad artística, me hace recordar lo que en cierta época sucedía entre nosotros con la de la prensa. Proclamada ésta con bombo y platillos, algunos incautos descontentos creyeron llegada la ocasión de publicar sus desahogos; y efectivamente, ni la policía ni la milicia intervinieron en el asunto como antes sucedía. Mas hete aquí que ya fuera por singular casualidad o por artes diabólicas, cada vez que salía un articulito de oposición, mano oculta y pesada se encargaba de descalabrar al periodista. Cesaron como por encanto los ataques contra el Gobierno, lo que le hacía decir con cínicico gracejo a un personaje de aquellos tiempos: “Si no escriben es porque no les da la gana, porque la libertad de la prensa es completa”.

Una libertad parecida es la que nos brindan don Jenaro y sus correligionarios. Todo lo que no sea celebrar los donaires de “ña Fustes” o las armonías del “güipipía”, es falta de imaginación, amaneramiento, exotismo, plagio, etc., etc. La ferocidad nacionalista no tiene límites.

Ricardo Fernández Guardia

El Figaro. N^{ro}. 330. 10 de noviembre de 1900

NACIONALISMO LITERARIO

París, 23 de octubre de 1900.

Dije en mi último artículo que la ferocidad nacionalista no tiene límites. Tampoco los tiene su intransigencia. Esta secta es una especie de Inquisición literaria, cuyo tribunal se muestra implacable con los que no profesan su credo egoísta y mezquino. Mi modesta personalidad, entre otras, tiene el don de exasperar a los familiares de este nuevo Santo Oficio; soy para ellos la muleta roja del matador de toros. Pero como por suerte no sólo hay nacionalistas y sectarios, no me han faltado amigos cariñosos que me han defendido, mejor aun de lo que yo mismo puedo hacerlo, y de seguro con más calor, porque jóvenes como son suelen dar todavía importancia a cosas que no la tienen, verbigracia, a las críticas literarias de don Jenaro Cardona.

Habría que poner, por lo tanto, en la cuenta del ardor juvenil de mis buenos amigos, la acusación, a mi parecer injusta, que le han hecho de haberse querido vengar, después de más de diez años, de ciertas bromas bastante inocentes y ya relegadas al olvido. A propósito de esto y en amor de la verdad, diré que si bien escribí varios de los artículos imitados del *Quijote* que se publicaron en *Bocaccio*, no fue de mi cosecha lo de "Cardonet", como tampoco lo fueron los demás graciosos apodos de aquel tiempo, hijos de la fantasía de Samuel Uribe, que podría ser un notable humorista, con sólo tomarse el trabajo de quererlo. Repito que no creo en el afán de desquite de mi nuevo contrincante. No puedo, a la verdad, imaginarme a don Jenaro rumiando su venganza, como Ulises en la cabaña del pastor, a pesar de que él mismo confiesa que no ha dado luz sino después de larguísima gestación, y de aquello de "Genus irritabile vatum". Debemos suponer que los móviles del risueño cantor de la pena de muerte han sido más nobles y levantados; que poseído, por ejemplo, de un gran espíritu de

equidad, resolvió hacer acto de justicia; dar a cada cual lo que es suyo; despojarme de las vestiduras ajenas con que me pavoneaba, y probar por ende, de manera irrefutable, que los verdaderos autores de *Hojarasca* son Edmundo de Amicis y Gonzalo Fernández de Oviedo.

¡Noble empeño, vive Dios!

No merecía, pues, don Jenaro que le trataran de tan mala manera, aunque ésta suele ser habitualmente la recompensa de las buenas acciones. No había para qué recordarle cosas tan desagradables como lo de la baronía francesa, sus refriegas con el padre Trejos y menos aún las picardías de Valbuena, que guasón y mal intencionado como es, no habrá querido reconocer las relevantes prendas poéticas de don Jenaro. Tampoco ha habido justicia en pretender aquilatar los títulos que le abonan en calidad de crítico literario, porque ya se sabe que en Costa Rica todos lo somos de nacimiento o de “nación”, como diría cualquier personaje de novela nacionalista. De modo que no sería remoto que el Papa modificara alguna vez la fórmula del bautismo en nuestro favor, y así el sacerdote, al verter el agua purificadora sobre la cabeza de una criatura del sexo masculino, añadiría después del consabido “yo te bautizo”, estas dos palabras mágicas: “crítico literario”.

Don Jenaro estaba por lo tanto en la plenitud de su derecho cuando resolvió interrumpir la lectura de *Amicis* para dispararse contra mí. Respetemos ese derecho, que es uno de los pocos de que gozamos en América. Mas para ser justos hay que reconocer que no es este el único título que para criticar puede aducir el autor de los *Casi Paliques*. En algún tiempo tuvo don Jenaro veleidades poéticas que le valieron los honores de la *Lira Costarricense*. Digo en algún tiempo, porque hace bastante que enmudeció el laúd tristón de don Jenaro, quien ya sólo esgrime la péñola cuando se presenta un “casus belli”, según él mismo lo dice con alguna exageración tal vez, porque nadie, que yo sepa, ha pensado en declararle la guerra, y yo mucho menos, que jamás he escrito una palabra contra él.

Sabemos, pues, que este trovador belicoso ha vuelto las espaldas a Polimnia y a Calíope (¡pobres chicas!); que ha colgado el instrumento y relegado en algún rincón los trastos de guisar versos, para empuñar la férula del crítico, y que me ha escogido a mí en calidad de primera víctima, para hacer su “debut” en esta noble carrera, en que tanto descuellan ciertos jóvenes guanacastecos.

Este sería motivo suficiente para que yo a mi vez, en mi calidad de

agredido, intentara ejercer legítimas represalias y la emprendiera a palo y tente tieso con las “poesías” de don Jenaro Cardona. La crítica es campo fecundo, ameno y tentador, donde para todos hay alimento, y confieso que la tentación no me falta. ¡Es tan fácil criticar! Con todo, sabré resistirla y me quedaré en la valla. Ni siquiera acusaré a don Jenaro de haber parodiado a Salomón al titular unos sus versitos *El llanto de los llantos*, que dicho sea de paso, es un título como hay pocos. He dicho que no quiero criticar y no lo haré. Espero que los nacionalistas me perdonen esta coquetería.

Pero el que yo no quiera hacer uso de un derecho natural que me permitiría poner en solfa a don Jenaro, quien, al revés de ciertos críticos que andan sueltos por ahí, ha escrito alguna cosilla que constituye un punto vulnerable, no significa que me proponga dejar pasar, como verdades intangibles, las aseveraciones doctorales del autor de los *Casi Paliques* en materias literarias.

Anteriormente hice ver de qué manera pintoresca entiende este señor la libertad artística; y ya que en abono de su tesis ha citado las *Cartas americanas* de Valera, aprovecharé la ocasión para referir un caso que viene de molde en apoyo de la mía, es decir, de que el artista no debe divorciarse de su temperamento. Se trata de Rubén Darío. Deseoso éste de poner en práctica los saludables consejos que le daba el amable crítico y novelista español, resolvió abandonar los caminos que hasta entonces había seguido con tan buena suerte, para echar a andar por la senda del nacionalismo. Lleno de fe y previa dedicatoria al ilustre señor don Juan Valera, escribió en *La Revista de Costa Rica* un poemita titulado *Tutecotzimí*, extracto prematuro quizás, de un libro que debió llamarse de los *Idolos*. ¡Pobre Rubén, inocente víctima de su buena voluntad! Valiente ensalada de pipiles y güisoyoles le resultó el tal *Tutecotzimí*. Las musas se lo hayan perdonado en amor de *Anagke*, de *Invernal* y otras lindas composiciones en que su inspiración pudo volar libremente.

Ricardo Fernández Guardia

(Continuará)

El Fígaro. N^{ro}. 338. 20 de noviembre de 1900

NACIONALISMO LITERARIO

París, 23 de octubre de 1900.

(Conclusión).

Nada, que para ser nacionalista no basta querer, y bien hace el zapatero en hacer zapatos y el tonelero toneles. Esto es una verdad como un templo que los nacionalistas no quieren acatar. Según ellos, José María de Heredia debe de ser un traidor, porque cubano de nacimiento escribe maravillosamente en francés.

No diré como don Jenaro que la libertad del escritor es cosa que por sabida se calla, sino que es verdad de sentido común. Por esto sin duda les cuesta tanto a los nacionalistas penetrarse de ella.

Don Jenaro Cardona no ha sabido o no ha querido entender lo que escribí en días pasados acerca del nacionalismo tal como lo entienden algunos fanáticos, si he de juzgar por su aferramiento en decir que yo sostengo que en nuestras cosas no hay elementos para el escritor y el artista. Lo único que efectivamente he dicho y ahora repito, es que no se debe obligar a todos a buscarlos únicamente en ellas. El nacimiento de un arte no es siempre un bien, como parece creerlo don Jenaro. Para esto es menester que ese arte sea de buena ley, para evitar así que tenga “funestas consecuencias”, como las tuvo, por ejemplo, el arte bizantino tan alambicado, falso, “mezquino e incompleto”, que vino a matar las grandes y nobles tradiciones de Grecia y de Roma. El estilo bizantino se distingue cabalmente por la uniformidad fastidiosa de sus tipos y de sus procedimientos; y esto mismo nos sucedería si llegara a nacer un arte incubado por las teorías estrechas de los nacionalistas.

Reproduce el autor de los *Casi Paliques*, para censurarlo por supuesto, esta reflexión hecha por mí: “Todo, aunque no en grado igual, puede ser origen de una sensación de arte”. A esto le pone mi crítico el siguiente

comentario: “Es claro, según el intelecto de cada uno”. Y se queda tan fresco, creyendo que ha dicho alguna cosa de mucho fuste. Pues, no señores, lo que ha dicho don Jenaro con tanto aplomo, es simplemente una tontería, porque ¿cómo es posible admitir que de todas las cosas ha de brotar una misma sensación de arte, y que ésta sólo varía según el calibre del meollo de cada cual? ¿Quién se atreverá a sostener, por ejemplo, que un ídolo de nuestro Museo producirá la misma emoción artística que el *David* de Miguel Angel, por más inteligente que sea el que mira el ídolo y mentecato el que contempla la maravillosa estatua de Buonarrotti? ¿Dónde está el que de buena fe pretende que una pelea de gallos puede ser un motivo tan grande de inspiración como los fieros combates de tirios y troyanos? Aquí de la malicia incisiva de Valbuena para insinuar que este es sin duda el motivo de la superioridad del poema de Homero sobre el de don Jenaro; pero estas ironías son demasiado fáciles y están al alcance de cualquier “crítico” nacionalista.

Don Jenaro es hombre que escudriña, como se ha podido ver por el descubrimiento sutil que ha hecho de mis plagios; pero sus hallazgos no siempre son tan felices como cuando prueba que yo robé a Oviedo la idea de que un cigarro se enciende por un extremo y se fuma por el otro; y así triunfa sin motivo al imaginarse que hay contradicción entre la circunstancia de haber hecho yo un cuento sobre un indio de Nicoya, y lo que dije acerca de mi incapacidad para escribir diez líneas en honor, o sobre una cholita de Pacaca, como diría cierto padre conscripto. No es posible establecer parangón alguno entre nuestros indios del siglo XVI, es decir, los indios del descubrimiento y de la conquista, y los representantes actuales de su raza. Así como los primeros, y en especial los nicoyanos, eran muy originales, los segundos no presentan ningún interés. El señor Cardona que ha leído a Oviedo habrá visto qué partido se puede sacar de las costumbres y creencias de aquellas gentes, de la ferocidad de sus guerras, de sus brillantes ceremonias religiosas, de sus fiestas, en fin de tantas cosas que pueden ser fecundos elementos de inspiración para el escritor y el artista. En cambio, ¿cuáles son los que nos brindan los degenerados y escasos descendientes de aquellos magníficos indios? Recuerdo haber asistido hace algunos años en Tabarcia a una borrachera fenomenal de todo el pueblo, y le aseguro a don Jenaro que la cosa no era para inspirar a nadie. La literatura y la historia natural suelen hermanarse, pero no siempre con facilidad.

El autor de los **Casi Paliques** se ciega en el combate. Sólo así se explica que no repare en la calidad de sus argumentos y que se detenga en censurar futilidades tan notorias como el empleo del verbo “destripar”, aplicado por mí a la destrucción futura de las casas de Sevilla. Es lícito decir, en

sentido figurado, “destripar” una casa, como a diario se dice “reventar” un caballo o “quemar” la sangre. En buena lengua española se llama al que cava la tierra “destripaterrones”, a pesar de que los terrones tampoco tienen tripas. En verdad que si a don Jenaro le sobran remilgos gramaticales, no así la memoria, como podrá convencerse de ello todo el que se tome el trabajo de abrir la *Lira Costarricense* por la página 145 del tomo I, y leer los dos siguientes “versos” de don Jenaro:

Está la casa mortuoria
INUNDADA de tristeza.

Tenemos, pues, que el poeta de *El llanto de los llantos* ha empleado aquí la misma imagen que yo, porque si las casas no pueden ser “destripadas”, porque no tienen tripas, es probable que tampoco la tristeza pueda “inundar” la casa, porque no es “líquida”.

Con esta clase de procedimientos es fácil criticar al más pintado, ¿no es verdad, don Jenaro?

Pero veo que esto se alarga demasiado y que estoy haciendo lo mismo que mis jóvenes y excelentes amigos; que les estoy dando importancia a cosas que no la tienen. Terminaré, pues, asegurando a nuestro cantor del último suplicio y de la pelea de gallos, que me gustan con delirio las cosas limpias y que hace bien por lo tanto en suponer que al tufillo de ciertas obras de nuestra literatura se me contraen, no las “conchas”, sino las ventanas de la nariz, que es como se llaman en castellano, idioma exótico que anda muy desacreditado entre nacionalistas y otros, pero que yo pienso seguir usando mientras ellos no hayan terminado el nuevo que nos están haciendo.

Y ahora que ya están aplacados los manes de Oviedo y satisfecho el justo encono de Amicis, basta de polémicas bizantinas.

Ricardo Fernández Guardia

El Figaro. N^{ro}. 339. 21 de noviembre de 1900

